

ANDRÉS MANUEL LÓPEZ OBRADOR

¡GRACIAS!

© 2024, Andrés Manuel López Obrador

Fotógrafo de portada: Luis Antonio Rojas

El contenido de este libro no refleja la opinión y/o preferencia política de ningún colaborador.

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / José Luis Maldonado López

Formación: Moisés Arroyo

Material gráfico de interiores: Cortesía del autor

Cuidado editorial de material gráfico: Moisés Arroyo

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2024

ISBN: 978-607-39-1145-0

Primera edición impresa en México: febrero de 2024

ISBN: 978-607-39-1132-0

El contenido de este libro es responsabilidad del autor y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Introducción	9
1. De Tepetitán a la Ciudad de México	13
2. Dirigente del PRD	50
3. Jefe de Gobierno de la Ciudad de México	70
4. La guerra sucia y el desafuero	89
5. La primera elección presidencial y el fraude de 2006	125
6. El plantón de reforma y el Gobierno Legítimo	155
7. La primera defensa del petróleo	183
8. Durante el narcoestado me dieron por muerto	207
9. El país desde abajo: apuntes de mi gira por México	213
10. Oaxaca, un viaje al corazón del México profundo	234
11. La constitución de Morena	250
12. La campaña de 2012	259
13. Otra vez el fraude	265
14. ¿Qué sigue?	293
15. Fundamentos para una república amorosa	304
16. La crisis de México	322
17. El 1.º de julio de 2018	344
18. El gobierno de la transformación	369
19. El Humanismo Mexicano	447
20. Mi diario de los últimos meses de 2023 y el adiós	505
Notas	549

Capítulo 1

DE TEPETITÁN A LA CIUDAD DE MÉXICO

Soy originario del pueblo de Tepetitán, municipio de Macuspana, Tabasco, el estado más tropical de México. Mi infancia transcurrió sin trabas y en estrecho contacto con la naturaleza. Crecí con plena libertad para jugar y disfrutar del campo y del río porque mi pueblo es como una isla: hay agua por todas partes; ubicado a la orilla del río Tepetitán, lo rodean dos arroyos y una laguna. En tiempos de lluvia se inundaba por completo, corría el agua por las calles y para los niños era una oportunidad más de diversión. Ya de grande supe que las crecientes perjudicaban, pero también traen fertilidad a la tierra y mucha pesca. El Tepetitán nace en las hermosas cascadas de Agua Azul, en Chiapas, llamado allá Tulijá, va descendiendo hacia la planicie hasta unirse con el Grijalva y el Usumacinta y desemboca en el mar por la barra de Frontera, Tabasco.

Mi pueblo existe desde la época prehispánica. Por allí pasó Hernán Cortés, llevando prisionero a Cuauhtémoc y a otras importantes autoridades indígenas y, un poco más adelante, como a 30 leguas de distancia hacia Guatemala, en Canitzán, Tenosique, Tabasco, a la orilla del gran río Usumacinta, el conquistador mandó asesinar al último de los tlatoanis mexicas, crimen por el cual fue juzgado hasta en las mismas Cortes españolas, aunque no lo fue por las muchas masacres de pueblos originarios como la de Cholula, la del Templo Mayor o la de Yecapixtla, de la cual él mismo escribió que el río que corre cerca de aquel pueblo «por más de una hora fue teñido de sangre». Basta de simular: la invasión española fue motivada por el oro y la obra civilizatoria fue la gran excusa de aquella barbarie.

Así pues, soy de un pueblo a la orilla de un río, en medio de un paisaje exuberante, en un territorio que, como diría el maestro Pellicer, es más agua que tierra, de «la parte del mundo en que el piso se sigue construyendo. Los que allí nacimos tenemos una idea propia de lo que es el alma y de lo que es el cuerpo».¹

Cuando era niño, se llegaba a la cabecera municipal de Macuspana a caballo, en cayuco —una canoa hecha de un gran árbol hueco— o en lancha. La carretera era una brecha y siempre estaba en mal estado. En aquella época, los únicos caminos de mi pueblo eran los de a caballo, los ríos y los arroyos. El ferrocarril del sureste se inauguró en 1950 y la carretera del Golfo llegó a Villahermosa en 1958. Claro está que en aquellos tiempos vivir cerca del mar era vivir cerca del mundo.

A Tepetitán llegaban las canoas campechanas llenas de mercancías y delicias, como la galleta de agua.

La familia contribuyó mucho a que yo creciera feliz en aquel ambiente tanto natural como social. Mi padre y mi madre se dedicaban al comercio, me querían mucho y en esta atmósfera de amor familiar, los vínculos entre hermanos fueron auténticamente fraternos y solidarios. Por otra parte, en mi pueblo las diferencias sociales no eran muy marcadas, porque tampoco los niveles económicos eran extremadamente desiguales. Hijos de padres campesinos, pescadores, agricultores, ganaderos, panaderos, alijadores, jornaleros, lancheros, maestros o comerciantes convivíamos y jugábamos en espontánea armonía.

Desde el gobierno revolucionario de Madero, mis abuelos maternos llegaron a radicar a Tabasco. En España los nombres antiguos tenían que ver con el oficio de la gente, y por eso los apellidos Zapatero, Carpintero, Pescador, Obrador. Mi bisabuela materna, originaria de Entrambasaguas, en Cantabria, se llamaba Felipa Revuelta. Mis abuelos paternos eran veracruzanos —de la cuenca del Papaloapan, jarocho a mucho orgullo— y corría por sus venas sangre blanca, india y negra. No creo en la existencia de las razas humanas, pero sostengo que hay culturas diversas. Mi abuelo, Lorenzo López Montalvo quedó viudo porque mi abuela Candelaria murió cuando nació mi padre; mi abuelo Lencho se buscó otra esposa y como era campesino y no tenía tierra para sembrar, formó parte de los miles de familias de todo el país a los cuales el Gobierno les entregó, en los años sesenta y setenta del siglo pasado, tierras nacionales para poblar las selvas tropicales de Campeche y Quintana Roo. Está sepultado en el panteón del Ejido Constitución del municipio de Calakmul, Campeche. Un hombre, bueno, un santo.

Mi papá llegó a Tepetitán en 1952 como trabajador petrolero. Mi madre, Manuelita, se dedicaba a atender la tienda de mi abuelo. Manuelita siempre fue comerciante. De joven se embarcaba en un cayuco y viajaba vendiendo mercancías en todas las rancherías, ubicadas a la orilla de ríos, arroyos y lagunas. Cuando regresaba a Tepetitán traía el cayuco lleno de maíz, frijol, arroz y cerdos. Antes predominaba el trueque o intercambio de productos.

Nací el 13 de noviembre de 1953. Estoy orgulloso porque dos siglos antes, en 1753, nació Miguel Hidalgo, y en 1853, José Martí. Por eso me gusta cuando Ana Belén canta «Yo también nací en el 53», en especial el verso que dice: «Qué te puedo decir que tú no hayas vivido. Qué te puedo contar que tú no hayas soñado».

Estudié la primaria en la escuela que lleva el nombre de un gran escritor tabasqueño: Marcos E. Becerra. Recuerdo con cariño a mis maestras y maestros; a la maestra Guadalupe Antonio de la Cruz, y al maestro Joaquín González Paz, quien además de profesor era beisbolista.

Crecí en una familia católica, pero no hay que olvidar las peculiaridades que la religión tuvo en Tabasco desde la época colonial. Allí nunca hubo una fuerte tradición religiosa porque la evangelización no solo tropezó con la resistencia cultural indígena sino también con obstáculos como pantanos y selvas, calor y mosquitos. Además, debido a la ausencia en la región de metales preciosos, en torno de los cuales giraba la economía durante el periodo colonial, en Tabasco no arraigó la cultura novohispana con los rasgos de acendrado catolicismo que tuvo en el centro del país; algo parecido sucedió en todo el siglo XIX: las prácticas religiosas estuvieron siempre relacionadas más con la convivencia social que con la devoción, y aún durante el porfiriato la masonería tuvo gran influencia. Los dos gobernadores más importantes de ese periodo, Simón Sarlat Nova y Abraham Bandala, fueron liberales y la sociedad era eminentemente laica.

Después, entre 1919 y 1935, un hombre fuerte dominó Tabasco: Tomás Garrido Canabal, quien impulsó la educación racionalista y el progreso; combatió el alcoholismo y aplicó una política anticlerical sin parangón en el resto del país. En la era garridista se decretó que los sacerdotes solo podían ejercer si estaban casados, entre otros muchos requisitos. Por si fuera poco, en ese entonces, los integrantes de la Liga Central de Resistencia del Partido Socialista Radical —cuyos integrantes serían conocidos después como los «Camisas Rojas»—, organizaban asambleas culturales en todas las plazas públicas, donde se leían discursos o poemas contra la religión y se quemaban imágenes religiosas. Es más, los templos fueron derribados o convertidos en escuelas; se prohibió tanto el uso de cruces sobre las tumbas como los escritos que hicieran alguna referencia a Dios; las fiestas religiosas fueron sustituidas por ferias regionales; se cambió la «nomenclatura fanática» de todos los pueblos de Tabasco por nombres de héroes, maestros, libertadores locales, artistas y sabios. Tampoco se veía bien poner a los hijos nombres de santos; de ahí que sea Tabasco el estado con más nombres de filósofos, artistas y dirigentes famosos del mundo.

Solo las peculiaridades de Tabasco en los siglos precedentes explican la escasa resistencia de la población a esa modalidad de la política «modernizadora» garridista. Únicamente se opusieron los indígenas, los chontales, quienes tuvieron que enfrentar la represión violenta, no solo porque esta iba dirigida a las manifestaciones de su religiosidad, sino porque lesionaba los demás aspectos de su tradición cultural.

Además, en el trópico las cosas suelen ser distintas. Esto no lo entendió del todo el gran escritor inglés Graham Greene, quien visitó Tabasco en 1938 y en un pasaje de su novela *Caminos sin ley*, registró así su diálogo con un dentista estadounidense de apellido Winter que vivía en Frontera, Tabasco:

Lo único malo de Garrido era que... había atacado a la Iglesia. Con eso nunca se gana nada —dijo—. Si no hubiera atacado a la Iglesia todavía estaría aquí.

—Pero parece que consiguió lo que quería —dije—; no hay curas, no hay iglesias...

—Oh —contestó ilógicamente—, aquí nadie se interesa por la religión. Hace demasiado calor.²

La respuesta del doctor Winter no distaba mucho de la realidad. En el trópico no se puede estar ensimismado, meditando, encerrado entre cuatro paredes. El clima influye en la forma de ser y en el temperamento de la gente. El tabasqueño usa poca ropa, es abierto y expresivo. No habla quedito, sino que grita; agréguese que en el trópico los ríos se desbordan, el cielo es proclive a la tempestad, los verdes se amotinan y el calor de la primavera o la ardiente canícula enciende las pasiones y brota con facilidad la ruda franqueza. Hasta podría decir que los tabasqueños somos liberales por naturaleza. Quizá por eso, además de otros factores, en mi tierra nunca ha echado raíces el conservadurismo. Basta un dato: Tabasco es el estado con menos presencia del Partido Acción Nacional (PAN), en toda la historia de ese partido, al grado que en la última elección perdió el registro por no alcanzar, como lo establece la ley, 3% de los votos emitidos.

Mi infancia en Tepetitán sigue presente en lo que soy ahora: la familia y el entorno donde crecí fueron los cimientos de lo que vino después: la adolescencia y la juventud fueron determinantes para el rumbo que tomaría mi vocación política.

Siempre me ha favorecido la suerte. En Tepetitán no había secundaria y lo más probable era que no continuara estudiando. Mi mamá y mi papá, como he dicho, eran comerciantes y más que mandarme a estudiar, probablemente estaban pensando en que les ayudara a trabajar en el mostrador de la tienda. Sin embargo, un hombre bueno, Dorilian Domínguez; hijo del viejo Lan, un ganadero respetado y querido en mi pueblo, habló con mi madre para convencerla de que me inscribiera en la secundaria, y él me llevó a Macuspana, a caballo, porque el camino era una brecha intransitable cuando llovía, nadie tenía carro o camioneta y todavía no funcionaba la cooperativa de un camión, aunque se constituyó después. En ese tiempo, en 1966, lo más usual era el caballo o el traslado por agua en lancha o cayuco. Si no hubiera sido por Lancillo, solo habría terminado la primaria; aunque posiblemente con el paso del tiempo habría emigrado a otra parte.

Es conocido, lo llevo en la sangre, que desde niño tengo la pasión por el beisbol, con el complemento de que jugaba bien; era *centerfield*, bateaba, corría y tenía buen brazo; en otras palabras, si me hubiese dedicado a eso, daba el ancho para jugar como profesional en ligas de alto nivel; pero mi destino fue otro. Me inscribí en la secundaria en Macuspana, vivía de abonado en la casa de doña Carmen Domínguez, esposa de don José Hernández. A ese domicilio de familia buena y trabaja-

dora llegaba a comer el padre Julián Álvarez, encargado de la parroquia que estaba en la contraesquina. Hice buena amistad con él, lo ayudaba como monaguillo y me enseñó a jugar fútbol. Aunque nunca dejé mi deporte favorito: me escapaba en el recreo de la secundaria para practicar con los profesionales de la Liga Petrolera; allí conocí a Cuco Toledo, tremendo pelotero cubano que había brillado durante su juventud en su país y en México, y aunque ya veterano todavía bateaba y tenía un brazo como el del gran Roberto Clemente: con hombre en tercera y con un *elevado* al jardín central, ningún representante se atrevía a mandar un pisa y corre.

Termino contando una pequeña anécdota de hace como diez años: al ser precandidato a la Presidencia, estaba caminando temprano por la mañana en el parque La Choca, de Villahermosa, llevaba una gorra, lentes oscuros y una sudadera hasta el cuello, con la idea de pasar inadvertido; sin embargo, a la segunda o tercera vuelta me identificó el contador Miguel Baldivia, con quien jugaba en tiempos de la prepa. Con la alegría característica de mis paisanos me saludó y me dijo: «Pinche Andrés Manuel, yo estaba seguro de que llegarías a las grandes ligas, pero nunca imaginé que ibas a ser presidente de México».

Ya en secundaria, en Villahermosa, tuve la fortuna de recibir clases de civismo de un maestro nada convencional: Rodolfo Lara Laguna. Para dar su clase se apoyaba en el libro *El buen ciudadano*, pero con frecuencia se salía del texto y nos platicaba sobre otros temas relacionados con los problemas sociales y políticos de esos tiempos. Una vez nos contó que había participado en una manifestación en contra de la visita de John F. Kennedy a México en 1962, en tiempos de la invasión a Cuba, y que iban coreando: «¡Jacqueline, sí; Kennedy, no!». Pequeños detalles como este se me quedaron grabados. De él recibí una buena influencia y me abrió la inquietud hacia lo social, porque había sido dirigente estudiantil; hoy sigue siendo un hombre íntegro, juarista y de izquierda.

Por aquella época leí *Un niño en la Revolución Mexicana*, del gran escritor tabasqueño y uno de los mejores prosistas en lengua castellana, Andrés Iduarte. Me gustó tanto ese texto que me aprendí de memoria un fragmento que resume la profunda trascendencia de ese gran movimiento social:

Nosotros teníamos un criado [...] Se llamaba Polo. Era un muchacho indio, con la mirada helada de la raza, pero con una sonrisa afectuosa en los labios [...] Yo no sé qué me dijo de don Porfirio y de mi tío: fue, desde luego, algo relacionado con la política o con la riqueza. Yo se lo conté a mi primo. Solo recuerdo que una noche mi papá, nervioso, habló a solas con Polo. Yo debo haber entendido que era algo referente a mi pecado, porque me escondí detrás de un armario. Mi padre se dio cuenta, me hizo salir y me dio una cachetada:

—Por hablador, por chismoso —me dijo.

Para mí, que nunca había recibido de él ningún golpe, fue tremendo el castigo. Polo estaba ya en el fuego creciente de la rebeldía. En 1917, en plena Revolución, lo vi un día por La Cruz Verde y fui a hablarle. Andaba roto, astroso, flaco; pero con su fusil. Lo acompañé hasta su cuartel, que estaba en la iglesia de Esquipulas. Polo me dijo que iría a vernos a la casa; pero no fue nunca: nos contaron que lo mataron poco después.³

De la preparatoria recuerdo mucho la lectura de *Breve historia de la Revolución mexicana*, de don Jesús Silva Herzog, dos tomos publicados por el Fondo de Cultura Económica. Con esos libros empecé a descubrir el país y a pensar en la participación política. Un buen dirigente no puede formarse si no conoce la historia, que es la maestra de la vida: la historia es forjadora fundamental.

En mi caso, la familia, mi pueblo, la libertad, el trópico, el maestro de civismo, el libro de don Jesús Silva Herzog y quizá también un fracaso económico en el negocio de mis padres fueron circunstancias que, de una u otra manera, me marcaron el rumbo. Mis padres eran comerciantes y el negocio quebró. Fue al terminar la preparatoria cuando decidí venir a la Ciudad de México a estudiar la universidad. Tomé la iniciativa en circunstancias muy difíciles porque no tenía dinero, pero me liberé, me eché a andar y llegué a vivir, en 1973, a la Casa del Estudiante Tabasqueño, en la calle Violeta de la colonia Guerrero.

Presenté el examen para ingresar a la Facultad de Ciencias Políticas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), esperando por el apoyo del Gobierno federal que nos daba alojamiento y comida en la Casa del Estudiante. Éramos ochenta jóvenes, la mayoría de escasos recursos; estudiábamos en diferentes carreras de la UNAM y del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Esa casa fue muy importante para mi formación.

En ese entonces no se rechazaba a tantos jóvenes en las universidades públicas, como sucedió después. Presentábamos examen de admisión diez y entrábamos nueve; en el periodo neoliberal o neoporfirista ingresaba uno de cada diez, con el pretexto de que no se aprobaba el examen, cuando la verdad es que no había cupo por falta de presupuesto para las universidades y por el abandono de la educación pública. En ese contexto, el examen de admisión dejó de ser un mecanismo para verificar la buena formación previa y se convirtió en un sistema enfocado en excluir a la gran mayoría de los aspirantes.

Después de la Casa del Estudiante, viví con otros compañeros en Copilco el Alto en un cuarto de vecindad. Nunca olvidaré a la finada Gloria, quien tenía en el patio de su casa unas mesas y vendía comida; cuando no iba porque le debía mucho, me mandaba a decir con mis compañeros de cuarto: «Díganle al flaco

que venga a tragar». Terminé la escuela de milagro porque no recibía apoyo de mi familia que estaba atravesando por una situación económica muy difícil. La quiebra en el comercio es algo muy lastimoso.

Una vez llegó mi madre a espiarme a la universidad porque no creía que estuviera estudiando. Estaba en clase y, de repente, volteo a la ventana y ahí estaba mi madre, viéndome, con sus bellos ojos negros. Salí de inmediato con mucha pena para evitar la burla de mis compañeros; caminé con ella hacia el patio y la abracé con toda mi alma.

En la Facultad de Ciencias Políticas aprendí lo básico para luchar por mis ideales humanistas. Durante el primer semestre de la carrera me tocó enfrentar lo terrible que fue el golpe militar en Chile. El maestro de la materia Ciencia Política nos propuso un análisis del proceso chileno. Se trataba de Raúl Olmedo, un buen maestro, marxista. En esa clase revisamos el texto *El Estado y la Revolución*, de Lenin, y con ese marco teórico vislumbramos la terrible posibilidad de un golpe de Estado, el cual se consumó el 11 de septiembre de 1973; esto me impactó mucho. El presidente chileno Salvador Allende es el personaje extranjero que más admiro, quien más sentimientos me genera. Fue un humanista, un hombre bueno, víctima de canallas. Por eso, cuando se cumplieron cincuenta años de su muerte, el 11 de septiembre, estuve en Santiago de Chile, lleno de sentimiento, entre los invitados del actual presidente, mi amigo, Gabriel Boric.

En mis tiempos universitarios hubo en México varios movimientos por la justicia y la libertad como la llamada Tendencia Democrática de los trabajadores electricistas contra el *charrismo* sindical encabezada por Rafael Galván. Participé como estudiante acudiendo a las marchas de protesta. Ha pasado el tiempo y hace poco, cuando inauguramos la primera fase de la planta fotovoltaica de Puerto Peñasco, Sonora —que será la más grande de América— les propuse a los dirigentes del sindicato de electricistas y al director general de la Comisión Federal de Electricidad (CFE) que la central llevara el nombre de aquel dirigente ejemplar que fue Rafael Galván.

Pero en América Latina hubo otros golpes de Estado, además del chileno, y la UNAM y otras universidades acogieron a muchos exiliados. Tuve profesores de Chile, Bolivia, Haití, Uruguay y Argentina, además de muy buenos maestros mexicanos. Fue una época muy interesante para las ciencias sociales, pero también muy dolorosa para América Latina por las dictaduras y el sufrimiento que estas provocaron a la gente; a la par, fue un tiempo de mucha reflexión y análisis, algo que no sucede en la actualidad: las ciencias sociales están muy apagadas.

Nunca me planteé como opción la vía armada, aunque la admiraba porque me parecía impulsada por el idealismo. ¿Cómo no respetar, por ejemplo, a guerrilleros mexicanos como Lucio Cabañas y Genaro Vázquez? ¿Cómo no admirar

el idealismo y la congruencia del Che? Siento un profundo respeto por aquellos que optan por esa vía. Sin embargo, no la comparto porque es una alternativa que produce mucho dolor y sufrimiento, y sirve de pretexto a quienes tienen el dinero, el poder y la fuerza para reprimir y someter al pueblo. Creo que no se debe renunciar a la vía pacífica (y conste que, en los años sesenta y setenta, la guerrilla fue muy atractiva). No quiero utilizar la expresión «estaba de moda» porque puede parecer peyorativa; el hecho es que era una opción bien vista. En México, la multiplicación de organizaciones armadas fue una de las consecuencias de la brutal represión del movimiento estudiantil de 1968.

A propósito del presidente Allende, en un discurso pronunciado durante su visita a México, en Guadalajara, dijo: «Ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica». Pero ser revolucionario no necesariamente implica tomar las armas. Él mismo se abstuvo de transitar por ese camino aun cuando muchos opinaban que solo así podía mantenerse en la Presidencia y evitar que lo asesinaran. Él era un pacifista. Por eso, el asalto al Palacio de la Moneda y la muerte de Allende fue un crimen horrendo. El que opta por la lucha armada sabe que se trata de vencer o morir. Pero el que no quiere la violencia para su pueblo ni para nadie y ve con profundo respeto, con profundo amor, incluso al adversario, no merece ser tratado de esa manera. La traición de Augusto Pinochet fue abominable: es una mancha indeleble en la historia del mundo. Siempre expresé mi repudio total al fascismo que azotó a Chile y a América Latina en aquellos años. Con mucha indignación y dolor, me enteré a través de la radio del golpe de Estado en Chile, y ese mismo día, en un pizarrón grande que estaba en el patio principal de la Casa del Estudiante, junto con Hebert Sánchez, un compañero de Economía del Politécnico, escribí un manifiesto de protesta. Nunca lo voy a olvidar.

En mi época de estudiante también ocurrió el golpe al periódico *Excelsior*, el 8 de julio de 1976. El presidente Luis Echeverría decidió silenciar a ese diario independiente que dirigía con dignidad Julio Scherer García. Tampoco voy a olvidar que Miguel Ángel Granados Chapa, Froylán López Narváez y Heberto Castillo fueron al auditorio de Ciencias en la UNAM a exponer lo que había pasado y, a partir de entonces, cada vez que había una marcha, al pasar por Bucareli y Reforma, donde está *Excelsior*, se coreaba la consigna «¡Prensa vendida!».



En ese tiempo, de 1973 a 1976, estreché amistad con el maestro Carlos Pellicer. Era un hombre grande en toda la extensión de la palabra. Se trataba de un escritor consagrado al que Gabriela Mistral había distinguido llamándolo el «Poeta de América».

Entre sus muchas aportaciones al arte y la cultura, fundó, en la época del gobernador Francisco J. Santamaría, el Museo Arqueológico de Tabasco. Sobre la creación de este museo hay una anécdota graciosa pero importante: el 28 de abril de 1952, el maestro Pellicer le escribe al gobernador Santamaría, y en un tono de sutil reproche le dijo que, como no había dinero para terminar los cuatro salones faltantes y concluir el museo a fines de junio, había decidido regresar a la Ciudad de México «en el entendido de que, tan pronto como ustedes se recuperen económicamente, yo volveré con la alegría que he demostrado a ponerme al frente de la organización de nuestro hermoso museo».

Más tarde, el 20 de agosto de 1952, el gobernador, también maestro en letras e igualmente simpático, le contestó:

Querido Vate. Tengo el gusto de calmar tus inquietudes espirituales por medio de una receta por \$5 049.11 (cinco mil cuarenta i nueve pesos once centavos) que en una pastilla, vulgo cheque, medicina u específico original del Dr. Santamaría, te envío para ser despachada por la farmacia del Banco Nacional de Méjico. Espero tu recuperación i pronto retorno i abrázote afectuosamente para que cesen tus lágrimas i adviertas que no nos rajamos.⁴

Poco después, Pellicer consiguió trasladar las esculturas monumentales olmecas de La Venta, Huimanguillo, Tabasco, para inaugurar el 4 de marzo de 1958, en un terreno de ocho hectáreas, a la orilla de la Laguna de las Ilusiones de Villahermosa, uno de los más espléndidos y originales museos del mundo; casi al mismo tiempo, creaba el museo de Palenque, trabajo por el cual el arqueólogo Alberto Ruz le envió con una adjunta el pago de «sus simbólicos honorarios» de 1 473 pesos.

Asimismo, participó en la fundación de otros museos como el de Tepoztlán, Morelos, el de su amiga Frida Kahlo, inaugurado en julio de 1958, así como el museo regional de la Universidad de Sonora, en 1957. En esa ocasión, hallándose en Hermosillo, escribió el poema sobre la huelga de Cananea, ese que dice:

Cananea, Cananea
de tus tiros partieron
los primeros alientos de una aurora
que no ha dado la luz que necesito
para decir, de pueblo en pueblo,
que ya no hay tuberculosis producida por hambre
ni banquete de bodas de ciento diez mil pesos...⁵

Aun cuando el maestro Pellicer defendió el arte en libertad, no por consigna, siempre vinculó su labor intelectual y su obra creativa con la actividad política. En su juventud, en la época del Maximato callista, fue activista en la campaña presidencial de José Vasconcelos; participó en las brigadas internacionales que fueron a España a defender la república de la sublevación franquista; se desempeñó por muchos años como presidente del Comité en Defensa y Solidaridad con el Pueblo de Nicaragua durante la dictadura de Somoza y se manifestó y repartió volantes tras la llegada a la Ciudad de México del presidente John F. Kennedy en protesta por la invasión de bahía de Cochinos en Cuba.

En fin, cuando conocí al maestro Pellicer yo estudiaba la preparatoria en Villahermosa y él era un hombre talentoso y de probadas convicciones humanistas y libertarias. Lo vi por primera vez en el antiguo Museo de Tabasco, ubicado en la Plaza de Armas; vivía debajo de una escalera, allí tenía su catre y una caja como buró; lo recuerdo con su camisa de manta, huaraches, sombrero y lentes negros. El trato más cercano y constante lo tuvimos cuando me trasladé a la Ciudad de México para estudiar Ciencias Políticas en la UNAM. Contaré algunas de las muchas anécdotas que guardo de esos tiempos.

En una Navidad fui a visitarlo a la calle de Sierra Nevada, en las Lomas de Chapultepec, y luego de hablar de asuntos políticos, de piezas arqueológicas que llenaban su casa —falsas o auténticas pero bellísimas— y del nacimiento que año con año montaba para disfrute de muchos, me entregó, al despedirme de él, un rollito de billetes que fueron mi felicidad, porque en esos tiempos —como decíamos— traíamos «hambre vieja». Aunque no era mucho, el dinero alcanzó para invitar a Isidoro Pedrero Totosaús, Ever Sánchez Alejandro, Carlos Cerino Marín, David Izquierdo Mayo y otros amigos, a comer gallina con rabadilla en los famosos Caldos Zenón, ubicados cerca de la calle Violeta, en la colonia Guerrero, donde vivíamos ochenta jóvenes becados con hospedaje y periódica alimentación en la Casa del Estudiante Tabasqueño.

Tampoco podría olvidar la vez que lo acompañé a una entrevista con el ingeniero Leandro Rovirosa Wade, quien en ese entonces era secretario de Recursos Hidráulicos y posteriormente fue gobernador de Tabasco. La audiencia tenía como propósito conseguir que se hicieran bordos y muros para proteger de inundaciones al nuevo museo que se estaba construyendo a la orilla del río Grijalva; en esa ocasión, por mi imprudencia juvenil y radicalismo, cuestioné duramente al ingeniero Rovirosa por lo del Plan Chontalpa. Sin embargo, el ingeniero Rovirosa, como gran ser humano que era, me tuvo paciencia, fue comprensivo y tolerante, como habría de serlo después cuando fui director del Centro Coordinador Indigenista Chontal, durante su gobierno. A la salida de la oficina del ingeniero Rovirosa, en un tono serio y simulando enojo, el maestro Pellicer me expresó: «A usted, don Andrés —porque así me decía—, no lo vuelvo a traer a estos acuerdos».

Por esos tiempos hicimos un viaje inolvidable desde Villahermosa a las cascadas de Agua Azul, Chiapas, en compañía del periodista Julio César Javier Ruiz, conocido como el Pochitoque (en Tabasco es común que a todos nos pongan apodo) y de Carlos Sebastián Hernández, director del Museo de Tabasco. En todo el camino fue risa y risa, carcajadas del maestro Pellicer, por las ocurrencias y la picardía tabasqueña de Julio César, quien manejaba su auto y llevaba la batuta de la conversación, aunque Carlos Sebastián le hacía segunda en el mismo tono. Pienso que nadie rompía mejor la solemnidad —real o fingida— que siempre caracterizó al maestro, y nadie lo ponía de tan buen humor como Julio César, con su ingenio y sus cuentos colorados. De regreso de Agua Azul pasamos a cenar a Palenque, Chiapas, en el restaurante de mis padres.

Cuando lo nombraron candidato a senador por Tabasco tuvimos alguna diferencia, pues, según yo, como lo sostuvo entonces el ingeniero Heberto Castillo, el maestro Pellicer «había dado su brazo a torcer». Recuerdo que el día del destape o nominación, en el *Ovaciones* de la tarde, el gran novelista Juan Rulfo —no sé todavía si con autenticidad o ironía— declaró que con el maestro Pellicer como senador le iría muy bien a México, o algo por el estilo; cuando vi al maestro le pregunté, con ánimo de provocarlo, si sabía de lo dicho por Rulfo, y haciéndose el desatendido con su vocerrón y seriedad fingida, me reviró: «¿Y quién es ese?».

Finalmente, estuve con él en 1976 en la campaña por los pueblos de Tabasco; su sincero deseo era servir a los más pobres; repetía y repetía: «Voy a ser senador de los chontales». Desde antes de tomar posesión del cargo planteó que iba a vender su colección de paisajes de José María Velasco, valuada en siete millones de pesos de aquellos tiempos, y que con ese dinero haría una fundación o fideicomiso para ayudar a los pueblos indígenas de Tabasco. Sin embargo, poco después entraron a su casa, maniataron a Chavelita, su fiel acompañante y ama de llaves, y se robaron las pinturas; a partir de entonces se entristeció mucho y cayó en cama.

Lo visité unos días antes de su muerte. Estaba postrado, pero platicamos; tenía la esperanza de recuperarse; me pidió vernos dos días después con el propósito de buscar una alternativa para lo del fideicomiso para los chontales; le dije que no se preocupara, que primero era su salud, y él me insistió porque realmente tenía la preocupación por la gente pobre. Durante la mañana del 16 de febrero de 1977, día en que volveríamos a encontrarnos, me enteré de que había muerto.

Unos meses antes de su partida, en una entrevista, había confesado:

Yo fui político de calle durante toda mi vida. Soy socialista y creo en la igualdad de los humanos. Me entristece la pobreza de la mayoría y la riqueza de unos cuantos. Pienso que poco a poco el mundo entero y, por supuesto, México, alcanzarán la justicia.

Creo que mi maestro se sentiría orgulloso de saber que, en su tierra, en su agua y en todo el país, seguimos trabajando con la misma convicción de siempre: no hacerle mal a nadie y atender de manera preferente a los pobres y a los olvidados de México.



Más tarde, el ingeniero Rovirosa se convirtió en gobernador de Tabasco. Al iniciar su gobierno, en 1977, me recomendó como director del Centro Coordinador Indigenista Chontal y lo más importante fue que nos apoyó y, sobre todo, nos dio absoluta libertad.

Fui el segundo director del Centro Coordinador Indigenista Chontal, creado en 1973 contra la voluntad del gobernador de entonces, Mario Trujillo García, quien sostenía que en Tabasco no había indios. Esto me lo contó el antropólogo Salomón Nahmad Sitton, que aún vive aferrado a sus convicciones ejemplares de siempre. En ese tiempo trabajaba en el Instituto Nacional Indigenista (INI) y le tocó entrevistarse con el gobernador para la creación de ese centro. Los indígenas no solo vivían arrinconados en la zona pantanosa, donde han estado por siglos, marginados y empobrecidos, sino que se les negaba hasta su propia existencia, cuando fueron ellos los primeros que fundaron ciudades y conformaron una cultura en aquellas tierras húmedas que un día se llamarían Tabasco. Para la oligarquía, el indígena era, y en muchos casos sigue siendo, sinónimo de atraso. «Los inditos, los *chajules* —decían—, están en Chiapas, no en Tabasco». Es decir, la ignorancia y racismo combinados.

Por fortuna se creó el centro chontal por decisión del INI. Aquí quiero hacer un reconocimiento a quienes durante mucho tiempo trabajaron a favor de los indígenas: antropólogos, médicos, agrónomos, sociólogos, maestros bilingües, técnicos y personal de base, muchos de ellos todavía en actividad. Es cierto que durante la aplicación de la política indigenista se cometieron errores. Por ejemplo, en algún tiempo se propuso la integración; incluso, se hablaba de «incorporarlos a la civilización». No obstante, se avanzó en crear conciencia para reconocer y respetar sus culturas, las tradiciones, las costumbres, las lenguas y la organización social comunitaria. Antes del periodo neoliberal había al menos una política indigenista, pero los neoliberales acabaron con ella.

Trabajar de 1977 a 1982 en la zona indígena chontal de Tabasco fue para mí una experiencia extraordinaria. En las comunidades me formé como luchador social. Allí echamos a andar programas integrados y logramos mejorar las condiciones económicas y sociales de los pueblos. Allí comprobé que con una política de apoyo a la gente pobre siempre se logran buenos resultados: los indígenas tuvieron dónde

sembrar porque adquirimos buenas tierras que les fueron entregadas; pusimos en marcha un programa para rehabilitar zonas pantanosas mediante la tecnología tradicional chinampera, como en Xochimilco, lo que llamamos «camellones chontales»; se creó un programa de Crédito a la Palabra (CAP) para la ganadería y la agricultura; me tocó fundar las primeras escuelas secundarias en la zona, así como centros de salud y hospitales; construimos viviendas y caminos; se instalaron plantas de agua potable y organizamos cooperativas de consumo y de transporte; creamos una radiodifusora cultural bilingüe, XENAC: La Voz de los Chontales, que era la más escuchada. Después la silenciaron, y por mucho tiempo permanecieron abandonadas las instalaciones. Posteriormente se abrió de nuevo la radio y ahora opera en todo el país el Instituto Nacional de Pueblos Indígenas (INPI), que coordina los planes de justicia en beneficio de las diversas culturas originarias.

El trabajo en la zona maya chontal me permitió comprobar en la práctica que el cumplimiento de las responsabilidades sociales del Estado se traduce en una mejoría de las condiciones de vida de la gente. Un ejemplo: cuando llegué a la zona chontal había muchísimo alcoholismo. Los indígenas de las comunidades acudían a embriagarse a las cantinas de Nacajuca, la cabecera municipal, en las que se vendía aguardiente de caña. Era común que pidieran «cuatro dedos de aguardiente» que bebían de un solo golpe. Caminaban 200 o 300 metros, caían inconscientes y pasaban horas tirados a las orillas de los caminos. Eran escenas muy tristes y preocupantes. Cuando empezamos a trabajar, disminuyó ese alcoholismo. Fue una buena lección; aprendí que la actividad, el trabajo, la esperanza, la dignidad y el orgullo cultural provocan un cambio en realidades de postración o sometimiento.

Fue definitorio trabajar seis años en las comunidades indígenas. Fue un proceso de enseñanza-aprendizaje. Di algo, muy poco más que nada mi corazón; ellas me dieron y me enseñaron muchísimo. Solo por mencionar algo: allí aprendí que las decisiones en las comunidades se toman de forma colectiva, algo parecido al proceso que ahora llaman consenso. Las asambleas comunitarias comenzaban con una exposición que hacíamos sobre el asunto a tratar. Cuando terminábamos de explicar, ellos deliberaban; solo se oía un murmullo en lengua chontal. Inmediatamente después se hacía un profundo silencio hasta que alguien levantaba la mano para dar a conocer la decisión de todos. Para entonces ya se había logrado el consenso, había un acuerdo y eso era lo que, en voz de alguien, ellos consideraban que podía aceptarse o no. Ahí comprendí que había que esperar y tener paciencia porque las decisiones no se toman como es usual fuera del mundo indígena. También aprendí mucho sobre la solidaridad verdadera y la ayuda mutua. Por ejemplo, la siembra o la construcción de una casa implica la participación de todos; como ellos dicen: «se dan la mano» cuando alguien necesita ayuda. Sin duda, la mayor enseñanza que recibí fue conocer el lado humano de las comunidades. Me

tocó ver cómo un indígena de Oxiacaque se cortó el pie de un hachazo y, como en ese pueblo aún no había un centro de salud ni existía un camino, tuvieron que llevarlo en hamaca hasta Nacajuca. Me impresionó ver cómo empezó a llegar la gente humilde a verlo y a darle 20 centavos, un peso, lo que tenían, porque sabían que iba a necesitarlo para la curación.

Vivir de cerca esa fraternidad, esa solidaridad, me hizo más humano. No solo cuenta la teoría, lo que se aprende en los libros, sino también lo que puede enseñar la gente del pueblo. Mi trabajo en las comunidades indígenas, viviendo entre los pobres, conociendo de cerca esa realidad, explica en buena medida lo que soy. En ese tiempo me visitaron y conocí a dos verdaderos especialistas en antropología y ciencias sociales, Rodolfo Stavenhagen y Guillermo Bonfil Batalla. También en ese entonces emitió una opinión sobre mi persona la escritora polaca Irena Majchrzak, quien visitó varias zonas indígenas del país y en su libro *Cartas a Salomón*, dejó este testimonio de su viaje a Nacajuca:

La persona del director del INI se hizo un poco mítica en la región. Todos saben que se le puede encontrar en su oficina solo entre las siete y ocho de la mañana. Después sale para supervisar las actividades en el campo. Tuve la oportunidad de observar el ritual de su trabajo. Estaba sentado en su despacho en medio de una multitud y así atendía a las personas. Cada quien le iba entregando un papelito en el que estaba expuesto su problema. Había muchos problemas con las tierras limítrofes de los ejidatarios y sus vecinos. Los asuntos que se plantean en todas partes; que los animales entraron en el campo sembrado, que el vecino sembró donde no le correspondía, etcétera. También había problemas con la construcción de las viviendas, y otros que no pude captar bien porque los diálogos entre el director y la persona interesada eran muy breves y muy eficaces. El director se enteraba de cada asunto y resolvía el problema casi inmediatamente. Nada de burocracia. Nada de pedir requisitos, nada de «mañana». El director, como sabes, tiene 26 años y parece que para él no hay tiempo que perder. Eso no quiere decir que se le sintiera impaciente. Nada de eso. Todo era resuelto con la mayor atención y el mayor respeto posibles. Pero la idea de que no tenía tiempo para perder estaba en el aire, en el mismo ritmo con que arreglaba los asuntos y el mismo ritual que parecía ser bien conocido para todos. La eficacia, en una palabra.⁶

Aunque no todos pensaban igual. De aquel entonces son los reportes del terrible director de la Policía Federal de Seguridad, Miguel Nazar Haro, quien me calificaba de comunista. Como en el reporte fechado en 1979 (véase p. 27).

Cuando llegué a la Presidencia y se nombró director general del Archivo General de la Nación al historiador Carlos Ruiz Abreu, le solicité que me diera el

100 25-1
14-VI-79

ESTADO DE TABASCO

Villahermosa.- De las 9.00 a las 9.45 horas de hoy, en el Local del Partido Socialista de los Trabajadores, ubicado en Periferico S/N, Colonia Curahueso de esta ciudad, se reunieron ERWIN HECTOR OCAÑA RIVERA, GEORGINA CASTANEDA VELASCO, ISIDRO NARVAEZ NARVAEZ, PABLO RAMIREZ SALAZAR, LUCIO CAMILO COBOS y MARIA DOLORES REYES MAYA para comentar que de México, D.F., les piden gente para el 17 del actual, para que asistan a la Conferencia Nacional de Pueblos Indígenas que celebra este Partido.

Se hace notar que dicho Partido en esta ciudad no tiene militantes, por lo que recurrieron al Lic. MANUEL LOPEZ OBRADOR, representante del Instituto Nacional Indigenista, con sede en Nacajuca y solicitarle 20 campesinos para que sean enviados a la ciudad de México.

El Lic. LOPEZ OBRADOR y el Lic. NABOR CORNELIO ALVARO, son dirigentes en esta entidad del PCM.

Muy Respetuosamente
EL DIRECTOR FEDERAL DE SEGURIDAD

MIGUEL NAZAR HARO

MNH/SPG.

gusto de poseer mi expediente y ya lo tengo. Por cierto, ahora todos los archivos son públicos, no hay espionaje y no se reprime a opositores ni a nadie.

El mural del pintor Montuy que todavía está en las instalaciones del INI es de esa época. Estaba arrumbado en una bodega del Gobierno del estado y se colocó con una leyenda que no aplica en la actualidad del todo, porque los animales, como está demostrado, se hallan dotados de emociones, como los humanos. Una vez hecha esta advertencia, transcribo lo que dice el texto: «Quien tenga como aspi-

ración ser un animal puede naturalmente dar la espalda a los dolores de la humanidad y trabajar en su propio provecho».



En 1982, al final de mi trabajo en el INI, se resolvió la candidatura al Gobierno de Tabasco. Dejaba el cargo el ingeniero Leandro Roviroso, y el candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a sucederlo era Enrique González Pedrero. Desde antes de su postulación, los que habíamos trabajado en el INI teníamos interés en que él fuera el candidato y gobernador de Tabasco. González Pedrero, que en paz descanse, era un hombre inteligente. Fue director de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM y era uno de los que más sabía en México de historia de las ideas políticas. Lo admiré y respeté mucho como maestro. Había otros precandidatos, pero él reunía las cualidades para dar continuidad al trabajo que ya habíamos iniciado en la zona indígena. Reflexionábamos que si con Leandro Roviroso —que era ingeniero civil— se había avanzado, con González Pedrero iba a ser aún mejor. Por ello nos unimos a su campaña. No pertenecíamos al PRI, sino que lo hicimos por esa circunstancia especial. Optar por él era lo que convenía a los ideales que nos movían. Se trataba de apoyar la candidatura de un hombre consecuente y de un político progresista; además, en esos tiempos no teníamos realmente otra opción. En Tabasco no había una tradición opositora. El PRI era predominante y la política se hacía básicamente en ese partido. Desde luego, en su interior convivían posturas distintas; había gente muy reaccionaria y, al mismo tiempo, gente progresista.

La idea era participar con González Pedrero para seguir transformando y defendiendo causas populares y a fin de avanzar en la democratización de Tabasco y de México. En su campaña me desempeñé como director del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales del PRI estatal y me concentré en organizar reuniones de análisis sobre la problemática del estado y plantear propuestas para su desarrollo.

Cuando se constituyó el nuevo gobierno, González Pedrero me invitó a ser presidente del PRI en Tabasco. Yo no tenía antecedentes partidistas, no era militante, pero el ofrecimiento era por demás atractivo: se trataba de hacer un partido auténtico, separarlo del Gobierno, algo imposible como pronto lo pudimos comprobar. Simplemente no se podía porque el PRI era un apéndice del Gobierno, una especie de Secretaría de Acción Electoral del Poder Ejecutivo. El partido desempeñaba un papel básico en épocas de elecciones porque se constituía en una maquinaria electoral que justificaba la llegada al Gobierno; pero, una vez constituido el Gobierno, en periodos interelectorales, el PRI entraba en una fase de inmovilismo y pasividad.

Lo cierto es que acepté el cargo y me tomé en serio la tarea de renovar a ese partido. Muchos de los jóvenes que estaban en el INI y que tampoco tenían antecedentes partidistas se incorporaron al PRI con la sola idea de intentar algo nuevo. El proceso fue muy interesante. En aquel tiempo el PRI tenía comités seccionales en colonias y pueblos, pero en cuanto a su dependencia del Gobierno, los dirigentes eran nombrados por funcionarios estatales y por los presidentes municipales. Por eso nos propusimos cambiar esas prácticas y decidimos que los dirigentes tenían que ser nombrados en asambleas democráticas.

En consecuencia, constituimos nuevos comités seccionales y cuando las bases comenzaron a elegir a sus dirigentes, se empezó a formar un partido auténtico, con fuerza, que servía como órgano de intermediación entre el pueblo y el Gobierno. Esta acción se acompañó con la formación de los dirigentes, tomando como referencia la *Declaración de Principios* y el *Programa de Acción* del PRI que, en teoría, postulaban la defensa de los derechos del pueblo y el nacionalismo revolucionario. Desde luego, una cosa eran los contenidos de los documentos básicos y otra la realidad política. Esta era una de las características de la simulación que prevalecía, pero el hecho de seleccionar a los dirigentes con base en esos documentos significaba todo un avance.

La formación de dirigentes seccionales y sus tareas a favor de la organización de la gente, la gestión, el seguimiento del ejercicio del presupuesto de los Gobiernos municipales generaron conflictos y apareció la lucha de intereses. Los alcaldes se sintieron vigilados porque el PRI se había convertido en un contrapeso del Gobierno, en una organización que defendía a la gente y que vigilaba el buen uso de los recursos públicos.

En poco tiempo comenzaron las intrigas hasta que nos aislaron por completo. El ensayo duró siete meses: había entrado a la presidencia del PRI en febrero de 1983 y para septiembre se había desatado la crisis. El gobernador me convocó a una reunión con los presidentes municipales. Su propósito —dijo— era escuchar los puntos de vista de ellos y el mío. En estas circunstancias, un lunes por la mañana, González Pedrero me llamó a su despacho para informarme que había tomado la decisión de que yo dejara la presidencia del PRI. Me propuso el puesto de oficial mayor del Gobierno del estado. Mi respuesta fue el silencio. No contesté, no hablé, me quedé callado. Sin embargo, él llamó al secretario de Gobierno, José Eduardo Beltrán, para que de inmediato me diera posesión del nuevo cargo. Momentos después se verificó una junta con los directores de esa dependencia en la que se anunció mi nombramiento. Cuando me tocó hablar, pregunté: «¿Quién sabe más de esto?». Nadie quería contestarme, de modo que insistí: «¿Quién de ustedes sabe más de administración para que se haga cargo de la oficina mientras vuelvo?». Alguien mencionó al contador Guillermo Priego de Wit, el director

administrativo. De modo que a él le dije: «Mire, siéntese aquí, atienda todo, voy a regresar, ya regreso». Claro, nunca regresé. Pasé a buscar a mi esposa Rocío a su trabajo en la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos y en el camino a la casa hablamos de lo sucedido. Ella estaba al tanto del proceso, tenía una idea y ya veíamos venir el desenlace. Por eso, cuando le consulté mi propósito de renunciar, estuvo de acuerdo aun cuando esto implicara dejar Tabasco; ella nunca había vivido en el Distrito Federal. Estas decisiones siempre están relacionadas con la familia. El político toma decisiones, pero de una u otra manera resulta crucial el apoyo de lo más cercano, de lo más íntimo. Por fortuna, yo siempre conté con el apoyo de mis padres, desde luego con el de Rocío y en los últimos tiempos, con el de mis hijos y el de Beatriz.

En la tarde de aquel día escribí la renuncia dirigida a Enrique González Pedrero que, en forma escueta, palabras más, palabras menos, decía:

Ciudadano gobernador:

Desde siempre he dedicado mi trabajo a servir a las mayorías. Hoy usted me brinda la oportunidad de ocupar el honroso cargo de oficial mayor de Gobierno que, siento, me aleja de ese propósito fundamental. En consecuencia, le estoy presentando mi renuncia con carácter de irrevocable.

A la mañana del día siguiente la entregué y la hice pública. Esta es una de las decisiones más importantes que he tomado en la vida. Haberme quedado como oficial mayor habría significado tomar un camino opuesto al que seguí. Tuve que escoger entre mis convicciones y la situación personal, la comodidad, la seguridad del trabajo, la posibilidad del ascenso y el desarrollo de una carrera política convencional. Fue una ruptura, pero actué de manera consecuente y, con el tiempo, sé que la decisión fue acertada. Dicho sea de paso: mucha gente que no me conoce piensa que, como estuve en el PRI, soy igual que los demás. Pero no, tengo mi propia historia; no soy un político tradicional y aunque fui dirigente del PRI, busqué la democracia y fui consecuente. Por eso no tengo nada de qué avergonzarme.

• • •

En septiembre de 1983, con Rocío y mi hijo José Ramón, de 2 años, llegué a vivir a la Ciudad de México. Rentamos un departamento en Copilco y empezamos una nueva etapa de la vida con muchas limitaciones económicas porque al principio no tenía ánimo para trabajar en cuestiones políticas ni puestos públicos. La experiencia en ese sentido no era muy buena que digamos. Habíamos intentado

democratizar al PRI con un gobernador progresista y no se había podido. Desde entonces, llegué a la conclusión de que el PRI no tenía remedio. La competencia entre distintos partidos impulsaría la democracia; era la única posibilidad para avanzar. Tenían que existir verdaderos partidos de oposición para democratizar la vida pública de México.

En la capital aproveché para cursar las dos materias de la Facultad que tenía pendientes, acreditar la traducción de idiomas que se exige para la titulación y hacer la tesis con el tema «La formación del Estado nacional en México». También me dediqué a escribir. Terminé en ese tiempo *Los primeros pasos. Tabasco, 1810 a 1867*, un libro sobre la historia de Tabasco y empecé otro con el título *Del esplendor a la sombra: la República restaurada. Tabasco, 1867 a 1876*, que concluí tiempo después. Nuestra situación económica se fue haciendo muy difícil, y entonces Ignacio Ovalle Fernández, quien me conocía porque había sido director del INI, me recomendó con Clara Jusidman, quien acababa de tomar posesión como directora del Instituto Nacional del Consumidor (INCO). Ella me ofreció ser director de organización social y promoción de ese instituto. Allí trabajé de 1984 a julio de 1988. Me ocupaba de organizar a consumidores para la compra en común de productos básicos con el propósito de que obtuvieran ahorros. Además era el encargado del departamento que hacía investigaciones y daba a conocer los precios de mercancías y otros bienes. En ese entonces, el INCO tenía una central telefónica cuyo número se hizo muy famoso: el 568-87-22. Todavía mucha gente lo recuerda. En aquellos años cualquiera podía llamar para informarse sobre precios y calidad de productos. Si alguien quería comprar, por ejemplo, un electrodoméstico, en ese teléfono recibía información acerca de lo que valía ese producto en las diferentes tiendas, así como las marcas, la garantía y la calidad. Ahora también se puede llamar al mismo número solo que marcando antes el 55. Ricardo Sheffield, procurador Federal del Consumidor, hasta hace poco, daba a conocer todos los lunes en la conferencia mañanera el «Quién es quién en los Precios» de alimentos y combustibles.

En ese trabajo me tocó vivir el terremoto de 1985. El INCO fue de las pocas instituciones que participó informando a través del teléfono y ayudando a la gente en esos momentos aciagos. Además de muchos muertos, había gente herida o desaparecida. Nosotros brindamos toda la información que tuvimos a la mano para localizar a personas en hospitales y albergues. También organizamos brigadas de rescate. Fui testigo de cómo, ante el inmovilismo, la indecisión y la incapacidad de la mayor parte de las autoridades, la gente tomó la iniciativa. Salió a la calle, se organizó e hizo labores de rescate con verdadera solidaridad humana, como siempre lo han hecho los capitalinos en momentos tan dramáticos y dolorosos.